

URCHIN

Ni culpa ni juicio

MARC BARCELÓ

La ópera prima de Harris Dickinson empieza con una escena donde un sintecho se despierta por la predicción religiosa de una mujer. De entrada, parece que la “salvación” o la “redención”, por muy dogmáticas que se presenten, pueden ser los temas de *Urchin*. Este vocablo inglés significa “niño travieso”, la esencia de Mike, el adulto sintecho encarnado por Frank Dillane, un actor valiente y desvergonzado (y con un pelo inolvidable), como lo describe su director. Dickinson es, también, actor. Conocido por sus papeles icónicos en *El triángulo de la tristeza* (Ruben Östlund, 2022) o *Babygirl* (Halina Reijn, 2022), será John Lennon en la tetralogía que Sam Mendes prepara sobre The Beatles. El Dickinson director, sin embargo, es otro. O al menos, anterior. Y admite que aun lidia con el riesgo de que se lean sus films como un continuo de su faceta de actor. “También lo han hecho Xavier Dolan, Cassavetes o Bradley Cooper”, dice. Dickinson creció entre los clientes variopintos de su madre pe-

luquera y viendo *Donnie Darko* y *American Beauty* antes de tiempo por culpa de sus hermanos mayores. Este universo le ha educado la mirada de cineasta que comparte ahora con el mundo entero después de ganar el FIPRESCI en *Un Certain Regard* del Festival de Cannes. *Urchin* sale de una necesidad personal, de un lugar vulnerable para el director: Los trabajos que Mike tiene en el film (en el hotel y como basurero) son los mismos que Dickinson tuvo de más joven; formó parte del mundo de los trabajadores sociales cuando dio el paso frente la impotencia y la decepción por la política en el Reino Unido; ha tenido gente a su lado con comportamientos cíclicos... Todo eso le sitúa en una posición y mirada que rehúye cualquier juicio. “¿Cómo cuentas la historia sin juzgar a la persona, o sin echarle la culpa a la cárcel, a la administración...?”. Su interés estaba en poner a prueba nuestra tolerancia, sentido moral y empatía por alguien que lucha contra sí mismo y que incluso es violento con



Harris Dickinson.

ALEX ABRIL

los otros. “No quería, tampoco, ofrecer una solución, porque no la tengo”. En esa línea, *Urchin* no idealiza al personaje marginado como sí lo hace la propia tradición del cine social británico. Sin duda alguna, Dickinson se siente deudor de esa escuela: admira a Mike Leigh, Shane Meadows y Andrea Arnold, incluso lleva un tatuaje con el título –*Kes* (Ken Loach, 1969)– del referente del realismo social; pero su primer largometraje da un paso más allá. El oscuro viaje, en compañía de drogas, hacia el abismo es representado por secuencias de naturaleza y sacralidad. “Me gustan los cuentos de hadas, la mitología y el folklore. Pueden ser tan severos como el realismo social”. No obstante, *Urchin* muestra un viaje lleno de luz. “La gente que he conocido en esas comunidades, pasando por momentos muy difíciles, era exuberante, con gran sentido del humor. En la frontera de lo moral hay mucha comedia”. La esperanza por la salvación anunciada desde el inicio del film no se desvanece: Mike encuentra en cada acto del film una posibilidad de progreso gracias a los ángeles que encuentra en su camino. ¿Redención o condena? Ni culpa, ni juicio.

TUS PROYECTOS COBRAN VIDA

Inversión privada para proyectos audiovisuales con impacto

 **SEGOcreative**

Descúbenos en:



73

SSIFF
Donostia Zinemaldia
Festival de San Sebastián
International Film Festival